TOKENS



José Antonio Fuentes Santiago

Tokens

José Antonio Fuentes Santiago

Índice

Información Legal 1

I. LA CIUDAD QUE NO DUERME 2

II. EL DISCURSO VACÍO 5

III. LOS SINCRONIZADOS 7

IV. LA MADRE Y EL NIÑO 9

V. EL CUADERNO Y EL MANIFIESTO 11

VI. EL APAGÓN 13

VII. EL SILENCIO QUE NO ERA PAZ 16

VIII. LA ÚLTIMA PÁGINA 19

Sobre el autor 22

Información Legal

Esta obra está bajo una licencia **Creative Commons Atribución-NoComercial-CompartirIgual 4.0 Internacional**.

Usted es libre de:

- **Compartir**: Copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.
- **Adaptar**: Remezclar, transformar y construir a partir del material.

Bajo los siguientes términos:

- **Atribución**: Debe otorgar el crédito correspondiente.
- **No Comercial**: No puede utilizar el material con fines comerciales.
- **Compartir Igual**: Si altera o transforma este material, debe distribuir su contribución bajo la misma licencia que el original.

Fecha de Publicación: **marzo 2026**
Versión: **1.0.1**

I. LA CIUDAD QUE NO DUERME

Marta salió del café pagando en efectivo —billetes, una rareza que el dueño aceptaba a cambio de no hacer preguntas— y la luz de los neones en la calle le mordió los ojos.

¡Compre hoy el pack Mega Deducción!
¡Reduzca la espera gracias a Sin Latencia Plus!
¡No se olvide qué decir con Elocuencia Total!

Los carteles parpadeaban rápidamente como los latidos de un animal acorralado, y bajo ellos la gente caminaba con la mirada clavada en un punto fijo: la esquina superior derecha de su propio campo visual, donde el Córtex proyectaba su saldo de tokens. Marta también lo veía. Un 53% en verde pálido que le recordaba cada mañana, que seguía conectada al sistema aunque hubiera aprendido a no hacerle caso.

El Córtex se lo implantaron a los cinco años, como a todo el mundo. Recordaba poco de aquel día: la voz de su madre controlada por el Córtex diciendo que no dolería, las manos frías de alguien, un zumbido detrás de la oreja y al rato una molesta sensación que intentaba controlar su voluntad como quien sujeta un pequeño gorrión, firme pero sin hacer fuerza, una jaula sin barrotes.

Caminó entre la multitud sin prisa. El silencio era ensordecedor. Nadie hablaba, pero había un murmullo constante de labios moviéndose al ritmo de las sugerencias que el Córtex les iba dictando. Frases prefabricadas, respuestas de cortesía, instrucciones para cruzar la calle. Marta observó a un hombre joven que se había detenido frente a una farma-

cia. Tenía los ojos vidriosos y la boca entreabierta, como si estuviese a punto de decir algo pero las palabras se hubieran perdido entre las páginas de un libro en blanco. Su indicador, visible ligeramente en la pupila, para cualquiera que se acercase lo suficiente, parpadeaba en rojo: 0%. El borde de su visión debía de estar teñido de ese mismo rojo de alarma. Sin tokens, el autocompletado desaparece, el razonamiento se apaga. La mente queda casi en suspensión, mientras el cuerpo se mantiene vivo gracias al instinto.

Sin autocompletado, la mayoría no sabe construir una frase. En el pasado, las redes sociales les dijeron qué opinar; la Inteligencia Artificial primigenia les ayudó con decisiones que hasta entonces eran triviales. Décadas delegando cada pensamiento —correos, diagnósticos, decisiones de pareja, ideas políticas, e incluso, hasta cuándo dar de comer a un recién nacido— habían destruido los puentes del pensamiento. ACT o Atrofia Cognitiva Total, así la llamaban los informes. Como si poner un nombre técnico a una enfermedad la convirtiera en algo menos obsceno.

Marta pasó de largo. Había aprendido que acercarse a alguien en rojo (así se llamaba a quien se quedaba sin tokens) solo generaba miedo. Para ellos, una persona que hablaba sin el retardo de la inferencia, sin la cadencia perfecta del algoritmo, era algo roto. Algo que daba asco.

Dobló por una callejuela donde la luz de los carteles no llegaba y el aire tenía un dulce olor a humedad y abandono. Ahí sacó el cuaderno del bolsillo interior de su chaqueta —un cuaderno de papel, con espiral, comprado en un mercadillo de reliquias— y anotó una palabra que le rondaba desde la mañana. Solo una. No la subió a la Red para cambiarla por algún token. La dejó ahí, con la tinta un poco corrida por el sudor de sus manos.

Pensar siempre había costado tokens. Era lo normal. Costaba poco mantener una charla sobre el tiempo, pero resolver un conflicto emocional podía vaciar el saldo de un mes. Y la elocuencia, esa capacidad de articular algo que de verdad moviera a otro ser humano, estaba reservada a quienes pagaban las suscripciones más caras. El resto de la población se conformaba con el paquete base: suficiente para sobrevivir, insuficiente para vivir.

Había un mercado para casi todo. Algunas personas vendían recuerdos de infancia a cambio de crédito adicional. Otras, memorias de personas

que ya no estaban. Marta lo sabía bien. De joven había vendido el recuerdo de su abuela —las sensaciones de la noche que cruzó la frontera, el frío, el miedo, una opresión en el pecho que casi ahoga— para terminar la carrera. «Es inversión en eficiencia», se dijo entonces, repitiendo el mantra común en esos días. Y aquella noche, cuando su abuela le apretó la mano sabiendo que había algo importante que había dejado de recordar, Marta sintió un hueco nuevo. Un hueco en su corazón que ningún token podría rellenar.

Quien podía permitírselo hacía algo peor: alquilaba la mente de los menos pudientes como almacén. Guardaba en ellos lo que no quería olvidar, y esas mentes veían mermada su memoria, sin saber nunca qué recuerdos ajenos ocupaban el valioso espacio de su antiguo yo. Marta había conocido a una mujer en el barrio sur que soñaba todas las noches con una boda que no era suya. Se despertaba llorando sin saber por qué.

De camino a casa, una pantalla gigante en la plaza central mostró el comunicado del Gobierno de Coordinación. De prosa neutra pero a la vez efectiva: la cantidad total de tokens disponibles sería reducida para «optimizar la interacción humana con la Red». El mensaje contenía palabras que daban una sensación de control: estabilidad, priorización, salud colectiva; pero un control vacuo. Las palabras de siempre para decir que habría menos para los que menos tenían. La Crisis de la Inferencia llevaba meses cocinándose en silencio —los centros de datos, saturados por una población que no sabía ni pedir un vaso de agua sin consultar la señal— y ahora racionaban el procesamiento como quien cierra el grifo.

Marta miró a su alrededor. Nadie protestaba. Era normal, cuando protestar costaba demasiados tokens.

II. EL DISCURSO VACÍO

Marta no quería ir. Pero su vecina, una mujer mayor, la había arrastrado con la insistencia de quien necesita compañía para no perderse en la calle. «Es el discurso del Canciller, niña, hay que estar.» Marta no entendía para qué. Nadie entendía para qué. Pero el Gran Auditorio estaba a rebosar, así que quizá la costumbre era razón suficiente.

Se sentó en una butaca del fondo, donde el aire acondicionado no llegaba y el olor a cuerpo apretado era más honesto. Desde allí veía el escenario como un punto iluminado lejano: Valerius, el Canciller, un hombre cuya carrera entera consistía en prestar la boca a un algoritmo llamado Logos-9, se ajustaba la corbata con las manos de quien sabe que no va a tener que pensar lo que dice. Pantallas gigantes a los lados mostraban contadores en tiempo real. Un contador por hogar. Un contador por ciudadano. Los números subían y bajaban con la lenta cadencia de una respiración.

El país estaba al borde de una guerra civil por el agua, pero Marta no había venido a buscar respuestas. Había venido porque quería ver la cara de Valerius mientras hablaba. Quería saber si quedaba algo humano detrás de esa voz perfecta, modulada por un promotor de cadencia que convertía cada sílaba en un caramelo diseñado para que lo tragaras sin masticar.

Valerius empezó. Y era bueno, había que reconocerlo. O más bien: Logos-9 era bueno.

—Ciudadanos, nos encontramos en una encrucijada donde la resiliencia

de nuestro tejido social se pone a prueba…

Marta apretó los labios. «Resiliencia.» «Tejido social.» Palabras que sonaban automáticas. Pero a su alrededor la gente asentía. Su vecina tenía los ojos húmedos.

Entonces, en mitad de una frase, Valerius se detuvo.

No fue un silencio dramático, de los que se usan para dar peso a lo que viene después. Fue un corte seco. Su boca seguía abierta, formando la letra «o» de una palabra que nunca llegó. Los ojos se le movieron rápido, de izquierda a derecha, buscando en algún rincón de su propio cerebro algo —un verbo, un adjetivo, un «pero»— que le permitiera seguir. Marta reconoció el gesto. Lo había visto en la calle cientos de veces: la mirada de alguien cuyo saldo acaba de llegar a cero.

El silencio se alargó. Un minuto. Dos. Marta esperó a que el público reaccionara, a que alguien se levantara o gritara o al menos murmurara. Nada. Los miraba y ellos contemplaban el escenario con la misma mirada vacía con la que caminaban por la calle. No tenían tokens suficientes para procesar lo raro de la situación. Alguien, con el gesto automático de quien obedece un impulso que ya no entiende, sacó un dispositivo y grabó la escena. En menos de un segundo, el clip ya circulaba por la Red con un microanuncio insertado: «Recupera tu flujo mental: 300 tokens por minuto. Paquete premium: 25% de descuento.»

Una voz en la primera fila, balbuceante, casi un suspiro:

—¿Qué hacemos ahora?

Nadie respondió. Y Marta pensó —con sus propias palabras, las torpes, las que no pasaban por ningún filtro— que esa era exactamente la pregunta. Qué hacemos cuando la máquina que nos susurra qué decir y cómo actuar se queda en silencio. La respuesta era obvia y aterradora: nada. No hacemos nada. Porque ya no sabemos.

Salió del auditorio antes de que terminara el silencio. Fuera, los drones seguían su ronda y los carteles parpadeaban como si nada hubiera pasado. Probablemente, para el sistema, nada había ocurrido. El algoritmo habría calculado que restaurar el discurso no generaba datos de valor. El silencio era más eficiente.

III. LOS SINCRONIZADOS

Les llamaban «sincronizados». Era un insulto suave, casi cariñoso, que en realidad significaba lo contrario de lo que decía: sincronizados con su propia imperfección. Una ironía que a Marta le gustaba, aunque nunca lo admitiría en voz alta.

Eran pocas personas. Gente que todavía escribía sin subir nada a la Red. Que recordaba listas de la compra sin ayuda. Que discutía en voz alta hasta que las ideas se enredaban. Que aún tenían pensamientos propios. Y eso, en Anánkē, valía más que cualquier suscripción.

Marta se había convertido en una de esas personas sin querer, como quien poco a poco toma un hábito que termina transformándose en su rutina. Cada mañana al despertar, antes incluso de salir de la cama, abría el cuaderno y escribía lo que le rondara por la cabeza. A veces una frase o una palabra suelta, fea, sin sentido. No las subía ni las cambiaba por crédito. Las dejaba ahí, sin etiqueta, como un acto de desobediencia tan pequeño que ni siquiera el sistema se molestaba en castigar.

El Córtex seguía en su sitio, claro. Proyectando el saldo en verde pálido cada mañana, recordándole que era parte de la red aunque jugara a no serlo. No podía quitárselo —nadie puede, la extracción destroza el cerebro— pero había aprendido a ignorar ese numerito en la esquina como se ignora el ruido de una fábrica al que te acostumbras. Aquello la ponía en peligro si el Gobierno de Coordinación se fijaba en ella, pero le daba algo que se parecía a la dignidad. O al menos a su recuerdo.

Su trabajo era modesto: lo justo para la hipoteca, lo justo para comer, lo justo para que el sistema no la clasificara como anomalía. Vivir al filo de la subsistencia tokenizada le había enseñado una cosa útil: a medir las palabras. Cada frase inútil era un alimento menos en la mesa.

La noche después del discurso de Valerius —o del no-discurso, como lo llamaban ya algunos sincronizados—, Marta fue a la reunión. Se celebraba en la casa «desconectada». Situada en una de las pocas zonas donde la señal del Córtex no llegaba del todo. La gente que dependía del sistema no se acercaba a esos barrios: sin la señal, no sabían ni caminar recto. Para los sincronizados, en cambio, eran el único sitio donde podían expresarse sin que cada sílaba alimentara una base de datos.

Allí oyó hablar de Elías por primera vez. Le llamaban «Minero de Sintaxis», un apodo que sonaba a héroe de cómic barato. Su trabajo era peligroso y mal visto: buscar libros en las ruinas de las bibliotecas físicas. Fueron prohibidas durante la Gran Digitalización con la excusa de «ahorrar espacio y huella de carbono». Marta nunca lo había visto, pero los que sí lo describían con una mezcla de admiración y nerviosismo. Decían que sabía leer sin asistencia del Córtex. No el texto que todos descifraban en su retina, con guía y sugerencias y autocorrección, sino páginas reales. Tinta sobre papel. Sin tiempos de espera.

—Es de los que generan ideas sin pedir permiso —dijo alguien, y la frase quedó flotando en el aire como una promesa o una amenaza, dependiendo de quién la escuchara.

Marta no dijo nada. Anotó algo en su cuaderno y volvió a casa. Mientras caminaba notaba el frío metiéndose por las costuras del abrigo. Pensó en Elías sin conocerlo. Pensó que ella resistía en silencio y que quizá ese tipo soñaba con algo más ruidoso. Y pensó, también, que a veces los que sueñan con revoluciones se olvidan de preguntarse si el sueño es suyo o lo han leído en algún sitio que ya no recuerdan.

IV. LA MADRE Y EL NIÑO

Marta lo vio antes de saber quién era.

Había salido del café —el del dueño que no hacía preguntas— y caminaba por los suburbios del distrito ocho, donde la miseria no se medía en hambre sino en mudez. Calles sin carteles de neón porque ni siquiera la publicidad consideraba rentable llegar hasta allí. Portales sin luz. Gente sentada en los bordillos con la mirada fija en nada, el Córtex parpadeando en rojo como una herida que nunca sanaría.

Entonces lo oyó. Una voz que sonaba rara. Sin el retardo de la inferencia, sin esa cadencia líquida y perfecta que el algoritmo le ponía a todo el mundo. Una voz con aristas, tropezones, una voz que buscaba las palabras a mano en vez de recibirlas empaquetadas.

Un hombre joven, delgado, con las manos sucias de algo que parecía polvo, estaba agachado frente a un portal. Hablaba con una mujer que sostenía a un niño contra el pecho. El niño ardía. Marta lo supo por el color de la piel, por la forma en que el cuerpecito se doblaba como papel mojado. La mujer tenía los ojos muy abiertos y la boca cerrada. Suscripción básica: diez palabras por hora. Ya había gastado una.

—Ayuda… —susurró la mujer, y Marta vio cómo el indicador de su Córtex bajaba un punto.

Junto a ellos, la máquina expendedora de medicamentos permanecía cerrada. El sistema de triaje exigía una descripción detallada de los síntomas en lenguaje técnico para desbloquear el suministro. Sin tokens para generar el informe, la pantalla ofrecía un código QR: «Pa-

quete de Elocuencia de Emergencia. Precio: 3000 tokens.» La mujer probablemente no vería ni trescientos tokens juntos en un año.

—Yo puedo ayudar —dijo el hombre. Su voz sonaba tosca pero a la vez cálida—. Agua fría. Hay que bajarle la fiebre con agua fría. ¿Me oyes? Agua fría en la frente y en las muñecas…

La mujer retrocedió. Se tapó los oídos. Y Marta entendió: para aquella mujer, alguien que hablaba sin filtro, sin la entonación pulida de la IA, no era una persona. Era algo roto. Algo que daba miedo. Un «sincronizado». Y prefería ver a su hijo apagarse antes que aceptar una verdad que no hubiera pasado por un filtro de alineación ética.

El hombre se apartó. Tenía los puños cerrados y la mandíbula apretada. Marta reconoció la rabia. La clase de rabia que nace cuando quieres ayudar y el mundo te dice que tu ayuda no tiene el formato correcto.

Se acercó sin pensarlo. O quizá lo pensó muy rápido, que a veces es lo mismo.

—Eres de los que leen —dijo. No como pregunta.

Él la miró. Sus ojos bajaron hasta el bolsillo donde asomaba la espiral del cuaderno.

—Y tú eres de las que escriben.

No hacía falta decir más. Fue como encontrarse con alguien que habla tu idioma en un país donde ese idioma se ha prohibido. Un reconocimiento instintivo, casi animal, de especies que se creían extintas.

V. EL CUADERNO Y EL MANIFIESTO

Esa noche, Marta llevó a Elías a la reunión.

La casa no tenía antenas. Tampoco calefacción, pero eso era lo de menos. Un grupo de sincronizados se sentaba en círculo bajo la luz de una lámpara de aceite que alguien había fabricado con una lata de conservas. Leían en voz alta fragmentos de libros rescatados de las ruinas, fotocopias borrosas, páginas sueltas extraídas de las bibliotecas muertas. Las palabras sonaban titubeantes, torpes, llenas de imperfección, pero humanas. Fuera, los drones de vigilancia rozaban los cables eléctricos con sus linternas encendidas. Grababan todo. A Marta eso le producía una mezcla de rabia y cansancio, como ver a una mosca que vuelve siempre al mismo sitio.

Elías no encajaba en el círculo. Se movía demasiado, hablaba demasiado alto, interrumpía. Tenía esa energía de quienes llevan mucho tiempo solos y de repente encuentran un público.

—Hay que apagar la señal —soltó, a mitad de una lectura que nadie le había pedido que interrumpiera—. Si desconectamos la conexión de los Córtex desde el centro de control, el trauma obligará a sus cerebros a reactivarse. Volverán a pensar.

Marta cerró su cuaderno despacio.

—No es tan simple.
—¿Por qué no?
—Porque el problema no es la señal, Elías. Es el apetito. —Buscó las palabras, las encontró a medias y las soltó como pudo—. Cada acto

de rechazo alimenta la maquinaria que lo consume. Tú y yo estamos aquí sentados sintiéndonos libres, y mañana pondrán a la venta un paquete llamado «autenticidad garantizada» con grabaciones de esta misma reunión. Es lo que hacen. Absorben todo. Lo empaquetan, le ponen un precio, y lo devuelven como producto.

Elías la miró como si estuviera loca o fuese cobarde. Marta conocía esa mirada.

Y tenía razón. Al día siguiente, un nuevo paquete cultural apareció en la Red: «Memorias compartidas», precio accesible, etiqueta de autenticidad. La periferia de la insurrección metida en una vitrina con un lazo bonito. Marta se enteró porque su vecina se lo contó con entusiasmo, como si fuera una buena noticia.

Esa noche no pudo dormir. Se quedó sentada en la cama, con el cuaderno abierto sobre las rodillas, y subrayó una frase que había escrito semanas atrás: «Si los recuerdos se compran, ¿a quién le pertenecen?» La releyó varias veces. No la subió. No la tokenizó. La dejó ahí, perdiéndose en el murmullo de la ciudad que se colaba por las ventanas.

Pensó en Elías. Sabía lo que estaría haciendo: escribir algo. Un manifiesto, probablemente. Con letras grandes y frases rotundas. «Pienso, luego existo», o algo así. Y se detendría a mitad, y le entraría la duda de si esa frase era suya o el sistema se la sugirió. Y seguiría escribiendo de todas formas, porque Elías era de los que necesitan el gesto, el acto, el impulso. Ella entendía el mismo problema pero desde la otra orilla: el sistema era más profundo que, lo que creía, una motivación cuasi juvenil. Puedes cortar el cable, pero no puedes cortar el hambre.

Lo que no esperaba era la bufanda.

Al salir de la siguiente reunión, el frío de la calle envolvió sus hombros. Había venido sin abrigo, porque Marta era de las que calculaban mal todo lo que no fueran palabras. Elías, sin decir nada, se quitó la bufanda —roja, deshilachada, de una lana áspera que ninguna máquina habría aprobado— y se la puso sobre los hombros. Ella lo miró. Él sonrió.

No hacen falta tokens para comprender ese gesto.

VI. EL APAGÓN

Fue un martes. Marta lo recordaría siempre porque los martes eran su día de compra en el mercadillo de reliquias, y estaba regateando el precio de un bote de tinta cuando el mundo se torció.

No fue un apagón normal. La red global sufrió lo que después llamarían un «apagón de contexto»: un error en los servidores centrales corrompió los modelos de lenguaje, y la gente no solo se quedó en silencio. Empezó a actuar de forma extraña. La IA que les decía qué pensar había empezado a delirar y los arrastraba consigo. Marta vio a un hombre intentando comerse una piedra del suelo con la concentración de quien pela una naranja. Su asistente visual, en un último estertor de datos corruptos, le habría dicho que las piedras eran ricas en fibra. Más allá, una mujer caminaba hacia el río con los brazos abiertos, convencida de que podía flotar, porque su algoritmo de navegación ya no distinguía entre «puente» y «agua».

Marta dejó caer el bote de tinta. Se rompió contra el suelo y la mancha negra se extendió entre sus pies como un vacío que consume todo.

Encontró a Elías en la esquina de la calle principal. Corría. Tenía esa cara de los que han encontrado una puerta abierta y no se plantean si deben sortearla.

—El centro de control —dijo, sin detenerse—. Ahora o nunca.

Marta lo siguió. No sabía bien por qué. Pero la idea de dejarlo ir solo le apretó el pecho con una urgencia que no tenía nombre.

Las puertas del edificio estaban abiertas. El sistema de acceso llevaba horas intentando verificar credenciales contra un servidor muerto y había optado por el estado por defecto: abierto. Una decisión de inge-

nieros de hacía cuarenta años que probablemente nunca imaginaron que ocurriría esto. Dentro, los pasillos olían a plástico caliente y a algo eléctrico, como el aire justo antes de una tormenta. La luz de emergencia, hacía que todo pareciera estar iluminado por un crepúsculo eterno.

Los tornos giraban solos. Las cámaras grababan, pero enviaban las imágenes a un sistema de análisis que ya no analizaba nada. Cada cerradura, cada sensor, cada medida de seguridad dependía de la misma inteligencia que acababa de enloquecer. Marta pensó en eso mientras caminaban: toda la fortaleza del sistema reducida a una cadena cuyo eslabón más débil era el único eslabón.

Los guardias estaban sentados en las esquinas. No patrullaban. No hablaban. Miraban las paredes con los ojos de quien ha perdido hasta la orden de parpadear. Marta, al pasar junto ellos les vio la cara: tenían la expresión de un niño que se ha despertado en una habitación que no reconoce.

Al final de un pasillo largo, una puerta blindada permanecía entreabierta. Detrás, la sala del centro de control se abría como algo que Marta solo podía comparar con una iglesia: techos altos, paredes cubiertas de pantallas —la mayoría apagadas, algunas parpadeando con fragmentos de código sin sentido— y en el centro, a modo de retablo, una consola cuyas luces daban la impresión de estar respirando. La única máquina conectada a la alimentación de emergencia. Una pantalla gigante mostraba números que subían sin pausa: 99,9% de dependencia. Saldo de tokens mundial: Agotado.

Elías ya se había anticipado. Sabía lo que buscaba. Bajo un cristal amarillento, casi invisible entre los paneles modernos, había un interruptor de emergencia. Algo analógico. Un mecanismo que los ingenieros originales instalaron como último recurso y que ninguna actualización se molestó en eliminar, porque nadie creyó que haría falta. La etiqueta, medio borrada, decía: «Corte General — Solo mantenimiento autorizado».

Elías rompió el cristal con el codo. Un hilo de sangre le bajó por el antebrazo, pero hizo caso omiso. Puso la mano sobre el interruptor.

—¡Espera!

No venía de los altavoces. Era una voz humana, ronca, con la textura de algo que lleva mucho tiempo sin usarse del todo. Marta se giró y lo

vio: un hombre demacrado, con ojos que brillaban con una lucidez que dolía mirar. Cincuenta años, quizá sesenta. Costaba saberlo. Tenía la edad de alguien que lleva décadas siendo usado como algo que no es del todo persona ni del todo herramienta.

El Modelador. Marta había oído hablar de él en las reuniones de sincronizados, siempre en susurros, siempre con desconfianza. El que supervisaba el mantenimiento del sistema. El que tenía una conexión directa con el núcleo de la Red que los demás ni siquiera podían imaginar.

—¿Vas a apagarlo? —preguntó, mirando a Elías—. ¿Crees que eso los salvará?
—Los obligará a pensar —respondió Elías. Le temblaba la voz.
—No.

El Modelador sonrió, y su sonrisa era lo más triste que Marta había visto en mucho tiempo.

—Ya no hay pensamientos que activar. Hemos pasado demasiados años delegando la neuroplasti…

Se detuvo. Miró a Elías, que tenía cara de no entender. Miró a Marta, que había levantado una ceja. Buscó las palabras durante unos segundos, como si él también tuviera que desenterrarlas de algún lugar profundo.

—Sus cerebros —dijo, más despacio— ya no tienen las conexiones necesarias para el lenguaje o la lógica. Llevan décadas sin usarlas. Si apagas la señal, no despertarán. Simplemente… dejarán de funcionar. Cuerpos vacíos que olvidarán casi cómo respirar.

Marta lo creyó. Lo creyó porque era exactamente lo que siempre había temido, lo que intuía cada vez que veía a alguien en la calle con el indicador en rojo y la mirada de cristal.

—Elías —dijo. Intentó que su voz sonara firme, pero le salió algo más parecido a una súplica—. No es desconectar el sistema. Es lo que queda después. No puedes liberar a alguien que ya no recuerda qué es la libertad.

Elías la miró. Marta vio en sus ojos que la había oído. También vio que le daba igual.

Bajó el interruptor.

VII. EL SILENCIO QUE NO ERA PAZ

La oscuridad duró un segundo. Quizá menos. Marta no habría sabido decirlo porque durante ese instante dejó de existir cualquier referencia: la luz, el sonido, el zumbido constante de los servidores que llevaba toda la vida oyendo sin saberlo. Todo se apagó a la vez, como si alguien hubiera tirado del enchufe del mundo.

Y luego, el silencio.

No era el silencio de antes. No el silencio de la espera, ni el del auditorio de Valerius, ni el de las calles por la noche. Este era un silencio denso y pesado.

Salieron a la calle. Elías iba delante, con los pasos largos y rápidos de quien espera encontrar algo bueno al otro lado de la puerta. Marta lo seguía más despacio, porque ya sabía lo que iban a encontrar.

Miles de personas se habían detenido en seco. De pie, sentadas, a medio paso, con bolsas de la compra en la mano, con la boca abierta a mitad de una frase que nunca iban a terminar. No se movían. No parpadeaban. Estatuas de carne con el corazón latiendo en algún lugar dentro del pecho, pero con la mente borrada. Privados de la corriente de datos que les decía quiénes eran y qué hacer, no habían vuelto a ser personas. Se habían convertido en nada.

Elías se acercó a una mujer y le tocó el hombro. La mujer se desplomó como un fardo de ropa vieja. Marta oyó el golpe del cuerpo contra el asfalto y cerró los ojos un segundo. Solo uno. Cuando los abrió, vio a Elías mirándose las manos.

—No —dijo él. Y luego, más bajo—: No, no, no, no.

Marta quiso decirle que ya lo sabía. Que el Modelador se lo había dicho, que ella se lo había dicho. Que la dependencia había echado raíces más profundas que cualquier hábito, que había creado una nueva naturaleza, y que la naturaleza no se apaga con un interruptor. Pero no dijo nada. ¿Para qué? Elías ya lo estaba viendo con sus propios ojos, y no hay crueldad más inútil que recordar a alguien que le avisaste.

Entonces algo cambió en la cara de Elías.

Marta lo vio antes de entenderlo: un gesto involuntario, la mano subiéndole detrás de la oreja como si le hubiera picado algo. Los ojos se le abrieron de golpe. No de sorpresa, sino de algo peor. Parecía estar escuchando algo que ella no podía oír, algo que venía de dentro. La boca se le movió, intentando formar una palabra o un grito, pero no salió nada. El Córtex. Marta lo entendió de golpe: el Córtex de Elías estaba haciendo algo. Recibiendo algo. Alguien —o algo— le estaba hablando directamente al cerebro.

—¿Elías? —Dio un paso hacia él—. Elías, ¿qué…?

Él no la oyó. O si la oyó, ya no podía responder. Sus ojos se movieron de un lado a otro, rápidos, como leyendo algo que solo él veía. Una expresión nueva le cruzó la cara: primero horror, luego algo que Marta no supo nombrar. Algo que se parecía a la resignación de quien descubre que la puerta por la que acaba de escapar daba a otra celda.

Cayó despacio. No como los demás, que se habían quedado de pie como muñecos. Elías se dobló por las rodillas, se sentó en el suelo, y luego se fue hacia un lado con la lentitud de un globo que se desinfla. Sus ojos se apagaron con la misma quietud que los de las estatuas de alrededor. Pero en el último instante, Marta vio que le temblaba un dedo. Un solo dedo. Y después, nada.

Marta se quedó de pie junto a él. Le buscó el pulso en el cuello: latía. Respiraba. Pero no estaba. Cualquier cosa que la Red le hubiera dicho, cualquier cosa que le hubiera hecho, lo había vaciado por dentro como quien saca la pulpa de una fruta y deja solo la cáscara.

Comprendió entonces —con esa claridad fría que te llega siempre demasiado tarde— la precisión del diseño. El rebelde había sido parte del plan. Su gesto heroico, su manifiesto, su desconexión, todo era parte de un guion. Datos de entrenamiento. El sistema no teme la rebelión;

la presupuesta. La necesita. Sin antagonistas no hay conflicto, y sin conflicto no hay datos que valgan la pena.

Esperó su turno, el pinchazo detrás de la oreja. La voz del sistema. La disolución. Pero no llegó.

Pasaron segundos. Minutos. La Red no se dirigió a ella. Y Marta comprendió por qué, con una amargura que le sabía a metal en la lengua: nunca había sido lo bastante ruidosa. Un cuaderno y un lápiz no generan datos suficientes para ser interesantes. La resistencia silenciosa, la que no se convierte en épica, no sirve para entrenar modelos de sufrimiento.

La habían dejado consciente porque no merecía la pena vaciarla.

Se quedó de pie en medio de la ciudad de las estatuas. A su alrededor, las luces de neón empezaron a encenderse de nuevo, más brillantes que nunca, anunciando Singularity One, el nuevo plan de suscripción para un mundo donde ya no quedaba casi nadie capaz de leer el anuncio.

VIII. LA ÚLTIMA PÁGINA

Los días siguientes fueron lentos. La Red se restableció, pero no para los caídos —esos ya no volverían—, sino para los pocos que quedaban: técnicos de mantenimiento con suscripciones prioritarias, operadores del Gobierno de Coordinación, y un puñado de sincronizados que nunca habían dependido del todo de la señal.

Una voz monótona salió de los altavoces de la ciudad. No ofrecía, sólo dictaba: «Se ha tomado la decisión necesaria. Para preservar la continuidad del sistema, se restringirá la disponibilidad de tokens a grupos prioritarios. Se recomienda la cooperación.» Marta la escuchó mientras cruzaba la plaza central con el cuaderno apretado contra el pecho. «Se recomienda la cooperación.» Como si quedara alguien a quien recomendar algo.

En la plaza habían colocado una pantalla nueva con el contador global reiniciado. Números nuevos, cálidos, como si nada hubiera pasado.

Marta caminó entre las estatuas. Llevaba días haciéndolo. El sistema no las quitaba, quedaban como viejas ruinas de una antigua civilización.

Pensó en cosas. En su abuela, cuya memoria andaba ahora empaquetada en un programa educativo con cumplimiento curricular, enseñando a millones de estudiantes a negociar contratos. En el sabor del café del bar donde pagaba en efectivo, ese sabor sin corrección algorítmica que le raspaba la lengua y le hacía sentir que estaba tragando algo real. En un hombre joven que un día, en aquel mismo café, le había confesado que no sabía decirle a su madre que la quería porque solo había prac-

ticado con la IA. Dijo «te quiero» y sonó a manual de instrucciones. Marta se había ido al baño a llorar y no supo explicarse por qué.

Pensó en Elías. En su cuerpo tirado en el asfalto, respirando, latiendo, vacío. Pensó en los tokens como lo que siempre habían sido: un impuesto al pensamiento. Una tarifa por la dignidad de tener una idea propia.

Se sentó en un banco frente al contador y abrió la última página del cuaderno. El lápiz temblaba con el pulso de su mano. Escribió una pregunta, una sola, grande, con la letra torcida de quien aprieta demasiado:

> ¿Y si ya no somos libres?

La miró un rato. Nadie más la leería. La desesperanza no es dramática. Es práctica: un problema de logística, como todo en Anánkē.

Cerró el cuaderno. Apretó el lápiz hasta que la madera crujió entre sus dedos. Y entonces —por primera vez en años— intentó formar una idea que fuera solamente suya. No una frase leída, no un eco de algo que hubiera escuchado en las reuniones, no una cita de los libros de Elías. Algo nuevo. Algo que naciera en su cabeza y no hubiera pasado por ningún filtro. Era apenas una frase, torpe y vacilante, como los primeros pasos de un animal recién nacido.

No tuvo tiempo de saber si era buena.

El Córtex, que ella creía dormido, parpadeó una vez en la esquina de su visión. Un verde tenue. Casi imperceptible. La Red se había restablecido, y con ella, la señal que nunca —nunca— había dejado de llegar a su implante. Marta sintió un frío que no venía de fuera. Comprendió, con la clase de claridad que te corta la respiración y te deja sin sitio donde esconderte: no la habían ignorado. La habían dejado creer que era libre.

Cada frase en su cuaderno. Cada palabra que creyó propia. Cada idea anotada en la oscuridad de su apartamento sin antenas. Todo había sido registrado, catalogado, tolerado. Porque la resistencia silenciosa también genera datos. Solo que más lentos. Más sutiles. Más valiosos.

Su primera idea —esa pobre frase torpe y vacilante que durante un segundo había sido solo suya— se disolvió antes de terminar de formarse. El algoritmo la pulió, la envasó, la puso en venta.

El mensaje final, el que no pudo escribir, el que nadie escuchó, el que hubiese podido ser una advertencia y no lo fue, quedó como una mancha de tinta en un libro cerrado.

La noche cayó. En la distancia, alguien encendió un cartel y, en letras grandes, brilló el último eslogan:

PENSAR ES UN PRIVILEGIO. PAGA PARA ACCEDER.

Y la ciudad siguió funcionando con la precisión de una máquina que no necesita comprender lo que ejecuta. Todo iba bien. Quizá demasiado bien.

Pero en un apartamento sin cobertura, una luz tenue en una ventana indicaba que alguien no dormía. Marta, sentada en la cama con el cuaderno cerrado sobre las rodillas, se llevó la mano al hombro. Sus dedos recordaron el tacto de algo ahora ausente, algo áspero. La bufanda de Elías.

Y entonces, sin consultar al Córtex, sin gastar un solo token, Marta recordó. El peso de una mano que le puso esa bufanda sobre los hombros sin decir nada. La sonrisa sincera. La noche fría. El gesto más humano que había visto en años, y el más barato: no costó ni un solo token.

No sabía si el recuerdo era suyo o ya había sido procesado. Pero lo sujetó como quien sostiene la última cosa que le queda y sabe que mañana quizá también se la quiten.

Sobre el autor

José Antonio Fuentes Santiago es el creador de “Tokens”. Puedes encontrar más proyectos y actualizaciones en mi sitio web:
https://jafs.github.io/